

JOSÉ PROMIS, *LA NOVELA CHILENA DEL ÚLTIMO SIGLO*

Santiago de Chile, Editorial La Noria, 1993, 273 pp.

DIETER OELKER L.
Universidad de Concepción

El autor del estudio que tenemos a la vista se propone “establecer las estructuras generales y más características que han marcado la evolución de la novela chilena durante el presente siglo” (p.8). En cuanto a tal intención, el libro tiene como antecedente *La novela chilena actual*, obra que José Promis publica en 1977.

La ordenación histórica del material se ajusta en lo fundamental a la periodización generacional según la propone Cedomil Goic. El autor destaca como rasgo más relevante de la novela chilena su naturaleza “esencialmente crítica identificada con frecuencia con los valores del cambio y del progreso” (p.7).

José Promis distingue dos tendencias antagónica y sucesivas en el desarrollo de la novela chilena:

- la *tendencia naturalista*, actualizada en el programa narrativo de la *Novela de la Descristalización*, que proviene del siglo XIX y encuentra su manifestación más relevante en las obras publicadas a contar de 1905, aproximadamente –piénsese, por ejemplo, en *Juana Lucero* (1902), de Augusto d’Halmar, y en *Casa Grande* (1908), de Luis Orrego Luco, en *Un perdido* (1918), de Eduardo Barrios, y en *El roto* (1920), de Joaquín Edwards Bello, y
- la *tendencia anti-naturalista*, inaugurada hacia 1920 por el programa narrativo de la *Novela del Fundamento*, que continúa vigente en los programas narrativos de la *Novela del Acoso*, del *Escepticismo* y de la *Desacralización*.

La *Novela de la Descristalización* –denominada así por referencia al concepto de “cristalización” de Stendhal– surge con la intención de demostrar “el carácter falso y engañoso de las interpretaciones de la realidad” (p.14) propuestas por el discurso narrativo romántico. El mejor exponente de este programa lo constituye la *novela mundonovista*, habitualmente denominada *criollista*, cuyos autores esperaban encontrar –piénsese tan sólo en Mariano Latorre y en Luis Durán– en las particularidades características del enfrentamiento entre el hombre y su medio natural y social, los valores universales de la “chilenidad”.

El agotamiento del ideario y la técnica naturalista en que se apoyaba este tipo de expresión narrativa propicia el surgimiento de la *Novela del Fundamento*. Con ella el texto deja de ser “un gesto referencial tendido hacia la realidad circundante” y se transforma en un objeto autotélico, “justificado por una legalidad artística que se generaba en su propio interior” (p.48). El programa narrativo de la *Novela del Fundamento* representada por narradores como Manuel Rojas, Marta Brunet y Salvador Reyes, se define por el propósito de interpretar la situación del hombre en el mundo más allá de todo determinismo positivista, accediendo al “sentido oculto que sostiene el desarrollo cotidiano de la existencia humana individual” (p.85)

Los programas narrativos que se van sustituyendo, sucesivamente, en el desarrollo de la novela chilena, lo hacen definiéndose ante el proyecto rector de la *Novela del Fundamento*.

Es así como en la *Novela del Acoso* se modifica la identificación de las fuerzas que condicionan la existencia humana, como en la *Novela del Escepticismo* se agota la búsqueda de alguna verdad primigenia que pueda conferir sentido al hombre y a su historia y como en la *Novela de la Desacralización*, la identificación de la vacuidad de tales principios lleva a la rebeldía o a la desesperación.

Hacia 1935 se desarrolla desde y en oposición a la *Novela del Fundamento* un nuevo programa narrativo. Se trata de la *Novela del Acoso*, propuesta por los autores de la Generación de 1938 –de 1942, en la periodización de Cedomil Goic. Estos novelistas –María Luisa Bombal, Nicomedes Guzmán, Daniel Belmar, Oscar Castro, Carlos Droguett, para mencionar tan sólo algunos– afirman que la realidad del hombre depende de “los sistemas de dominación humana –tanto de carácter económico-social como individuales– que se manifiestan bajo las condiciones del comportamiento diario” (p.110). Por lo demás, se puede distinguir en la *Novela del Acoso*, las obras del *Grupo Treintayochista* que derivó hacia una interpretación materialista-dialéctica de la realidad, los relatos del *Grupo de la Mandrágora*, de orientación surrealista, y las novelas de las escritoras mujeres, que comprenden la realidad desde la antagónica relación entre lo cotidiano y lo onírico, mítico o maravilloso. Desde el punto de vista de los procedimientos narrativos, se produce en la *Novela del Acoso* un doble proceso de recuperación de ciertas técnicas provenientes de la novela naturalista, a la vez que de una definitiva integración de las estrategias narrativas desarrolladas por la *Novela del Fundamento*.

En la *Novela del Escepticismo* que surge hacia 1950 –recuérdese, por ejemplo, *El peso de la noche* (1964), de Jorge Edwards, *Frecuencia modulada* y *Job-Boj*, publicadas ambas en 1968, respectivamente, por Enrique Lafourcade y Jorge Guzmán y *El obscuro pájaro de la noche* (1970), de José Donoso– comienza a agotarse, a diferencia de los anteriores programas, el esfuerzo por encontrar las verdades esenciales que permiten entender la condición del hombre y su situación en la realidad. Sus autores –todos ellos pertenecientes a la Generación de 1950 o de 1957, según Cedomil Goic– se caracterizan por una fundamental actitud de desconfianza, ante la cual todo intento por comprender la existencia humana desde algún fundamento pierde su sentido y razón de ser. Es por eso que la realidad aparece en sus relatos como “una máscara que recubre la nulidad de lo existente, el vacío en que sumergen sus raíces las formas engañosas de lo cotidiano” (p.156). El orden representado por dichas formas se percibe como “un agonizante sistema de normas impuestas por poderes superiores” (p.203), cuya naturaleza varía según el narrador. En consonancia con esta proposición interpretativa surge una disposición narrativa aparentemente tradicional, pero en verdad carcomida por la duda y la inseguridad vital.

El programa narrativo de la *Novela de la Desacralización* se caracteriza por presentarse como “un modo de interpretación literaria que persigue subvertir, cuando no negar radicalmente, el sistema de categorías estéticas y los modos y contenidos de representación, inaugurados por los programas narrativos anteriores” (p.197). Consecuente con tal propósito, se enfatiza en los textos, en comparación con la *Novela del Escepticismo*, el experimentalismo en los procedimientos narrativos y se intensifican los tonos sombríos en sus propuestas interpretativas de la realidad evocada. Sus autores, Poli Délano, Antonio Skarmeta, Isabel Allende, para nombrar tan sólo algunos, conforman la Generación de 1972 que comienza a publicar su obra, aproximadamente, a contar de 1965.

Especial relevancia tiene para el desarrollo tanto de la *Novela de Escepticismo* como para la *Novela de la Desacralización* la instalación de la Dictadura Militar en Chile a contar de septiembre de 1973. En cuanto a la primera –piénsese, por ejemplo, en *La Desesperanza* (1986), de José Donoso– se enfatizan los tonos de angustia y desorientación ante el sinsentido de los destinos y la destrucción de los comportamientos individuales. Por su parte, la *Novela de la Desacralización*, opuesta radicalmente al discurso autoritario del régimen de facto –es el caso de *Martes triste* (1985), de Francisco Simón Rivas, de las obras de Antonio Skarmeta, Ariel Dorfmann, Isabel Allende, o de *Como si no muriera nadie* (1987), de Poli Délano– aparece traspasada por el referente histórico. Surge, a consecuencia de ello, una novela contestataria, que es evasiva, cuando se publica en Chile, y crítica, cuando sus autores viven en el exilio. Sin embargo, todas estas obras, tanto las que aparecen en Chile como las que se publican en el extranjero, se caracterizan por “buscar un nuevo concepto de novela que permita dar cuenta de la desconocida y diferente realidad que comenzó a vivir el país” (p.228).

El libro de José Promis es, sin duda, un aporte significativo al estudio del desarrollo de la novela chilena en el presente siglo. La utilización de la periodización generacional más bien contribuye a desconcertar al lector – hecho del cual el autor está plenamente consciente, pues observa que “a decir verdad, la variación de las estructuras narrativas dominantes o subordinadas no siempre van de la mano con el desarrollo generacional” (p.8).

El autor analiza las obras más representativas de los programas narrativos que dieron su especial carácter a nuestras letras, atendiendo tanto a la disposición artística de su universo como a su proposición interpretativa de la realidad. Igualmente, estudia estos programas, muchas veces consecuencia de importantes polémicas literarias, como hitos en el desarrollo del discurso narrativo chileno y como resonancia de sucesos claves en el acontecer histórico nacional.